

LAP

# MENSAJES *del amor de* DIOS



PERIODICALS

PER  
BR  
7  
.M463  
no.  
433-  
529

1962  
1961 hasta 1970



# MENSAJES *del amor de* DIOS



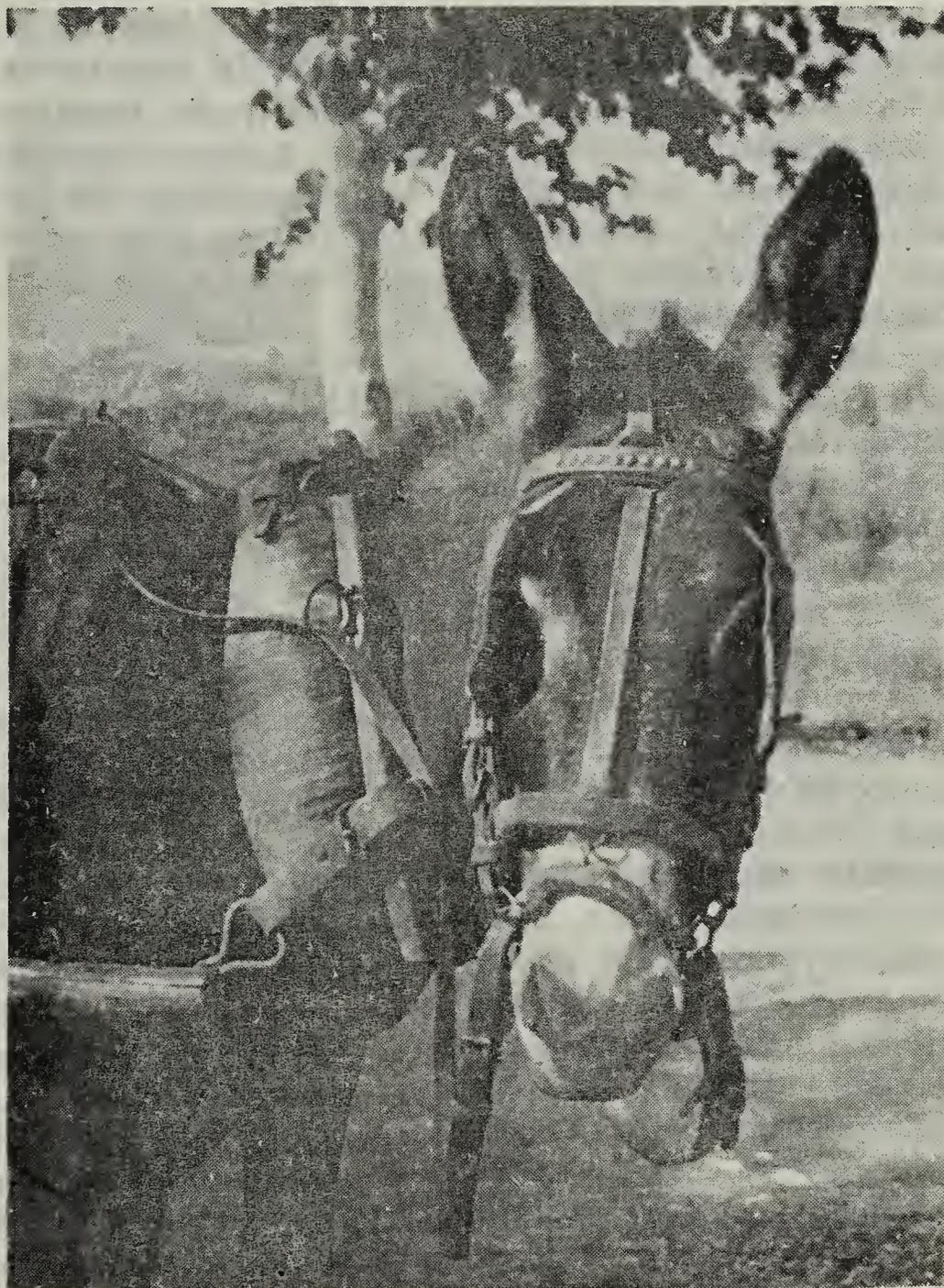
Reg. Artículo de Segunda Clase en Admón. Correos, Cuernavaca, Mor., 18 de Nov. de 1950

Número 453

Para los meses de enero y febrero

1 de enero de 1964

## “LA SANGRE DE JESUCRISTO, SU HIJO, NOS PURIFICA DE TODO PECADO”



### E L A S N O

Todo el mundo conoce este animal tan obstinado, el asno. Se menciona muchas veces en las Sagradas Escrituras y nos provee de bastante instrucción.

¿Por qué creó Dios este animal? Dejemos que la Palabra de Dios nos dé la razón por qué:

“Todo primogénito de asno redimirás con un cordero” (Exodo 13:13). En la economía judaica de antiguo ordenada por Dios, el asno era tenido por inmundo, y el cordero por limpio. Así, para que no muriese el primogénito del asno, era preciso que fuese redimido con la

sangre de un cordero inmolado: el cordero fue muerto por el asnillo.

Nuestro versículo sigue así: "...y si no lo redimieres, le degollarás." Si no fuere redimido con un cordero, el asnillo tenía que perder su vida enseguida.

Pero no hemos terminado aún de leer todo nuestro versículo: ¡"asimismo redimirás todo humano primogénito de tus hijos"!

Ya nos damos cuenta, seguramente, de la razón por qué Dios creó el asno, pues nos sirve de enseñanza espiritual e instrucción saludable con respecto al estado actual del ser humano.

¡Cuán fiel es el Dios de verdad! Nos dice que somos inmundos, hombres pecadores: "¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados!... ¿Para qué habéis de ser castigados aún? todavía os rebelaréis. Toda cabeza está enferma, y todo corazón doliente. Desde la planta del pie hasta la cabeza no hay en él cosa ilesa, sino herida, hinchazón y podrida llaga: No están curados, ni vendadas, ni suavizadas con aceite" (Isaías 1:4-6). Nos dice que somos rebeldes, de voluntad perversa, como el asno: "No queréis venir a Mí, para que tengáis vida" (Juan 5:40).

Nos dice también que sin el derramamiento de la sangre de una víctima capaz para redimirnos, somos condenados: "Sin derramamiento de sangre no se hace remisión" (Hebreos 9:22). Para el hombre la condenación no es a muerte de cuchillo como lo era con el asno, sino a la muerte segunda: la separación eterna del Dios santo de luz y de amor — excluidos para siempre jamás de su bendita presencia y echado "en las tinieblas de afuera." ¿Has pensado en todo esto?

Aquel cordero que murió en el lugar del asnillo, lo redimió de la muerte, pero el cordero no supo amar al asno. He aquí un contraste maravilloso:

Jesucristo, el bendito "Cordero de Dios" (San Juan 1:29, 36), que vino al mundo para morir por los pecadores — por nosotros — no sólo era capaz para hacerlo, siendo santo, sino que era también lleno de amor para con nosotros,

pues nos amó con un amor que aun el odio y la rebelión en nuestros corazones entenebrecidos no pudieron apagar.

Querido lector, ¿eres un pecador alejado de Dios y tan obstinado y rebelde como el asno? Entonces es preciso que seas redimido. Ya sabes que Dios te ama a pesar de todo, que Cristo, su Hijo unigénito, vino al mundo perdido para salvarte, y te llama: "Ven a Mí." No te pierdas a ti mismo en el infierno. Ven a El.

"La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos purifica de todo pecado" (1 Juan 1:7, N-C).

"... considerando que habéis sido rescatados de vuestro vano vivir según la tradición de vuestros padres, no con plata y oro, corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha" (1 Pedro 1:18, 19, N-C).

---

## UNA SEPULTURA ESCONDIDA

Con toda probabilidad muchos de nuestros lectores conocen abundantes datos de la historia del poderoso Alarico, el soberano godo. Mas como sea que quizá algunos detalles de su historia puedan ser desconocidos para aquellos que nos leen, nos permitimos añadir algo sobre él.

Hacia el año 409 D. J. los romanos tenían un rey muy pobre de espíritu e indolente, llamado Honorio, de quien se aprovecharon grandemente las naciones bárbaras que circundaban el Imperio. Los godos por aquellos tiempos contaban con un poderoso guerrero cuyo nombre era Alarico. Guerreó contra los romanos, conquistándolos, saqueó sus ciudades e hizo muchísimos prisioneros.

Pero después de haber saqueado a Roma, la avaricia de Alarico no había sido aún saciada. Codició entonces la hermosa isla de Sicilia, y decidió apoderarse de ella. Por lo tanto preparó a sus tropas para este propósito; pero la flota fue aniquilada por una furiosa tempestad, y antes de que pudiera renovar su ataque a la isla, cayó enfermo y murió.

Era costumbre entre aquellas naciones paganas esconder las tumbas de sus

guerreros, para que los enemigos no pudieran hallarlas. Así pues los godos emplearon parte de los cautivos para cambiar el curso del río Busentimo. En el cauce del río cavaron una sepultura para su aguerrido guerrero; y en ella, tumba muy singular, fue sepultado Alarico, junto a lo más rico de su botín. Entonces fueron restauradas las aguas del río a su cauce habitual, y todos cuantos habían intervenido en la obra fueron muertos allí mismo, para que aquel lugar permaneciera secreto para siempre (410 D.J.).

Mientras estamos pensando en la sepultura escondida del poderoso Alarico, debiéramos acordarnos de **aquel día solemne**, que se aproxima rápidamente, en el que los mares darán sus muertos, y el pobre y el rico que han muerto en sus pecados estarán ante el trono de justicia de Dios para ser juzgados según sus obras. La sepultura de Alarico dará su contenido también, ya que **cada uno ha de dar cuenta de sí a Dios**. Nadie escapará de aquel tribunal. (Apocalipsis 20: 11-15)

Recordad, sólo hay un lugar para esconderos del juicio que viene. **Es en el Señor Jesús**. Es el único refugio de salvación. En él toda alma que viene puede esconderse, puesto que la Escritura dice: **“Y será aquel varón (el Señor Jesucristo) como escondedero contra el viento, y como acogida contra el turbión”** (el terrible juicio de Dios que viene sobre todos cuantos no han buscado refugio en el Verdadero Escondedero) Isaías 32: 2.

**“Se manifestará el Señor Jesús del cielo con los ángeles de su potencia, en llama de fuego, para dar el pago a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo; los cuales serán castigados de eterna perdición por la presencia del Señor, y por la gloria de su potencia.”** (2a. Tesalonicenses 1: 7-9).

## UN ESTUDIO DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

SAN JUAN, Capítulo 14: 1-3, N-C

**“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría, porque voy a prepararos el lugar. Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros”** (vvss. 1-3).

El Hijo amado de Dios, el Señor Jesucristo, ha dado su promesa fiel: volverá del cielo para arrebatarnos del mundo a su pueblo y llevarlo a la casa del Padre en el cielo. Pero a nuestro querido lector, quisiéramos llamarle la atención al hecho de que el Señor dio esta promesa maravillosa no a todo el mundo, sino solamente a los que pertenecen a él — a los suyos. Nunca ha dado ninguna promesa a los incrédulos, más bien les ha amonestado así: **“a donde yo voy no podéis venir vosotros. ... Os dije que moriríais en vuestro pecado, porque si no creyereis, moriréis en vuestros pecados”** (Juan 8: 21, 24, N-C). ¿Eres uno de los redimidos del Señor Jesús, limpiado de tus pecados con su sangre preciosa?

El Señor da paz a los que creen en Él: **“No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí.”** Sus discípulos sabían que Él iba a dejar el mundo y se habían entristecido mucho, pues ya no le verían visiblemente con ellos. Por eso les dijo: **“creéis en Dios, creed también en mí.”** Creían en Dios, al cual no podían ver y, desde luego, habían de creer en el Señor Jesús — mientras estuviera ausente en el cielo — de la misma manera.

**“En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así, os lo diría.”** Hay un cielo habitable y en él hay muchas moradas en la casa de Dios Padre. Cuando vino el Hijo de Dios al mundo, y se encarnó — se hizo hombre — El nos participó las benditas nuevas de cuanto está arriba — fuera de este mundo terrenal — para que supiéramos

---

**“Respondió Jesús y le dijo: En verdad te digo que quien no naciere de arriba no podrá entrar en el reino de Dios... No te maravilles de que te he dicho: Es preciso nacer de arriba.”** Jn. 3: 3, 7, N-C.

todo lo que el amor de Dios ha propuesto para nuestra bendición eterna. **“No es Dios un hombre, para que mienta”** (Números 23:19, N-C). **“... en la esperanza de la vida eterna... prometida por Dios, que no miente”** (Tito 1:2, N-C). ¡Qué gozo nos da saber que en la casa de nuestro Padre Dios hay moradas preparadas por los suyos! El Señor Jesucristo vino de allá y nos lo ha dicho: **“si no fuera así, os lo diría.”**

**“Voy a prepararos el lugar.”** Cuando el Señor dijo eso, no quería decir que iba a construir cual carpintero y albañil, millares de cuartos o habitaciones en el cielo; no. Más bien (nos parece) quería decir que cuando El, después de haber consumado la obra magna de la redención del hombre pecador mediante su sacrificio expiatorio del pecado que El iba a llevar a cabo en la cruz del Calvario, entró en el cielo cual hombre por primera vez, entonces el lugar ya fue preparado. Hay un hombre glorificado a la diestra de Dios, un hombre que sufrió por nuestros pecados aquí abajo, quitándolos todos. Su presencia en la gloria es la garantía — por decirlo así — que nosotros también que creemos en El estaremos con El en la casa de su Padre y nuestro Padre; de su Dios y nuestro Dios.

**“Cuando yo me haya ido y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros.”** Saber que hay muchas moradas preparadas en la casa del Padre es una gran cosa, pero cómo hemos de llegar allá es otra. ¿Cómo? El mismo Señor que nos ha informado acerca del lugar nos ha dado también a saber cómo nosotros, los que creemos en El, hemos de llegar, **“espíritu y alma y cuerpo... entero:”** **“de nuevo**

**volveré y os tomaré conmigo, para que donde yo estoy estéis también vosotros.”** Es el deseo ardiente de su corazón tenernos consigo. Nos amó; se entregó a sí mismo por nosotros; quiere tenernos consigo por toda la eternidad. Y en cuanto a la manera de su venida para arrebatarnos de este mundo de maldad a la casa del Padre, leemos de esto en 1ª Tesalonicenses 4:16, 17: **“pues el mismo Señor... descenderá del cielo, y los muertos en Cristo resucitarán primero; después nosotros, los vivos, los que quedamos, junto con ellos, seremos arrebatados en las nubes al encuentro del Señor en los aires, y así estaremos siempre con el Señor.”**

Se cumplirá, entonces, lo que está escrito en la parábola de las diez vírgenes: **“llegó el esposo, y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. Llegaron más tarde las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Pero él respondió: En verdad os digo que no os conozco”** (San Mateo 25:10-12, N-C).

El esposo es Cristo; las vírgenes apercebidas para entrar son los que creen en el Señor Jesucristo; las vírgenes que llegaron demasiado tarde son los incrédulos, los cuales serán dejados atrás para el juicio de Dios cuando venga Cristo para arrebatarnos a los suyos de este mundo. En aquel día tan cercano, ¿dónde estarás tú?

**“Jesús les contestó: En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es siervo del pecado.”** Jn. 8:34, N-C.

**Les dijo Jesús: “Yo soy la puerta; el que por mí entrare se salvará.”** Jn. 10:9, N-C.

---

**SE MANDA GRATIS AL QUE LO SOLICITE.**

---

**TODA CORRESPONDENCIA** debe dirigirse al Redactor con despacho al público en la Editorial “Mensajes del Amor de Dios”.

J. Hárrison S., Domingo Diez 503 M, Cuernavaca, Morelos, México.

**Nótese:** todas las citas de las Sagradas Escrituras señaladas **“N-C”** son de la versión católica traducida directa al español de los idiomas originales, el hebreo y el griego, por Nácar y Colunga, 13ª edición, 1963.



Digitized by the Internet Archive  
in 2018 with funding from  
Princeton Theological Seminary Library

